



EL ALMENDARES,

PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓCTICO.

TOMO III.

HABANA: JULIO 15 DE 1853.

ENTREGA XI.

EDUCACION.

EL MATRIMONIO.

(Finaliza.)



Nos hemos propuesto examinar, aunque no con el detenimiento que quisiéramos, si entre

A educacion de la muger ni ha sido, ni nunca puede ser completa en las academias establecidas para proporcionarla, por mucho que sea el grado de adelanto que lleguen á alcanzar. Permítasenos ser algo esplicitos, porque así lo exigen la materia de que tratamos y el razonable deseo de que no se califiquen de aventurados nuestros conceptos.

nosotros se educa la muger para el matrimonio, y si convendría ó no, en un buen sistema de enseñanza, familiarizarla con el conocimiento de los importantes deberes de ese estado. Preciso será que digamos lo que entendemos por educacion de la muger.

Ramos abraza la enseñanza que son de pura instruccion y constituyen la educacion *intelectual*. Así los conocimientos primarios, incluso los de geografía é idiomas, forman esa parte esencial, interesante, que da estension y merecido aprecio á la ilustracion de nuestras hijas, y les ofrece vasto campo para ensanchar la esfera de su pensamiento. La educacion *moral* abraza el conocimiento de los deberes, la rectitud de los principios, la observancia en fin de las obligaciones religiosas y sociales que su diverso estado le exige. La primera perfecciona el entendimiento desarrollándolo, la segunda ilustra su alma mejorándola.

La instruccion, propiamente dicha, difunde

en nuestros colejos y academias con notable ventaja á la que anteriormente podian proporcionar. Limitada la enseñanza entonces a lo muy preciso para leer de cualquiera modo, escribir siempre mal, y contar poco ó nada, dábanse cuatro puntadas, se bordaba tal cual flor ó ramillete. Pocas, muy pocas alumnas conseguían tocar algo de piano, y no en todos sino en algunos colejos que por de primer orden se estimaban. He aquí en resumen toda la educacion de las niñas. Complaciáanse nuestros padres, llenábanse de júbilo y no aspiraban á otra cosa, porque no eran posible mayores aspiraciones en los elementos que por todas partes les rodeaban. Con algunas escepciones era eso cuanto se alcanzaba, y no hay que ofendernos de verdad tan ostensible, cuando al decirlo esponemos un hecho, y reconocemos á la vez los considerables adelantos y mejoras que nuestras casas de educacion han tenido en los últimos años que han pasado.

Retirada, pues, una niña del colejo en esa época que aludimos, que no es muy remota, y aun hoy, con todos los progresos alcanzados: en el seno ya de su familia para no frecuentar mas la academia, adornada con algunas nociones de principios morales, y esto en donde se enseñan, que no son ciertamente muchas, no es posible que esté preparada para desempeñar los graves deberes que el matrimonio y la familia habrán muy pronto de imponerle. Nada se le dijo en todo aquel tiempo relativo á su nuevo estado; se le educó para hacerla *buena madre de familia*; y sus directores creyeron, con todo el candor de la buena fé, que despertarían en ella ideas peligrosas, deseos immoderados, errores, distracciones y aun cosas que no deben saber los niños, si se nos permite la vulgaridad de estas palabras, dejando al cuidado de sus padres lo que estos tenían como parte de la enseñanza que en los institutos iban á buscar.

Pronto abre el mundo para la muger ese torrente de ilusiones que la cerca por todas partes; pronto, muy pronto vienen la juventud y los sentidos á ofrecerle el cuadro seductor de halagos que, por efimeros que sean, no la dejan tiempo bastante para fortalecer su razon, nutrir su espíritu con máximas saludables, con principios sólidos que acerca de sus deberes la ilustren. Ensanchada la esfera de sus relaciones, contrayendo otras nuevas, adquiriendo cada dia numerosas amistades, no es el deseo de instruirse el que mas la alienta, cuando tantos otros, que la envanecen y seducen, tienden á separarla de atenciones que mira con fastidio porque desconoce su encanto, con desprecio porque nunca la enseñaron á quererlas y respetarlas.

Unas ligerísimas nociones de cortesía que algunos llaman de sociedad, y otros de buen

tono, palabra que ha invadido un terreno completamente extraño, son los elementos que la favorecen; y con tan débil auxilio, con tan frágil recurso, ya está llamada á variar de estado, á contraer vínculos importantes, á dejar el círculo estrecho de la familia para constituir una nueva, enlazarse con un hombre, compañero eterno de su vida, y á tener que educar y dirigir á los hijos de esa union, que reclaman desvelos incesantes, afanes infinitos, prevision, tino, cordura, y el tesoro inmenso de una experiencia que no tiene, de una enseñanza que jamás adquirió.

Verdad es que el hábito, que la costumbre de las cosas puramente domésticas que á su vista estan pasando, pueden servirla de mucho, que el ejemplo es mas provechoso que la frecuencia de repetidas lecciones; pero no concedemos que ese ejemplo sea tan eficaz como otros creen; no concedemos que esos hábitos se observen, que esas costumbres se estudien, que considerándose la muger en el caso mismo de sus padres, trace la linea de conducta que en iguales circunstancias adoptaría, y aprenda á conocer las diversas situaciones de la vida en el centro mismo de la familia. ¡Oh! nada de observacion, nada de estudio, nada de prevision, ni porvenir; porque no es posible que con tan mezquinos antecedentes, con tal carencia de instruccion, con tal descuido y abandono, se entregue por mucho tiempo á meditar y á saber una jóven cuya alma está alentada de otros móviles mas en consonancia con la apatía con que sus padres la educaron, que piensa sí en el matrimonio, que al matrimonio aspira, y vé solo en este enlace la parte que la halaga y envanece, sin fijar una mirada siquiera en los graves destinos que en la sociedad ha de tener, en las graves obligaciones que en ella ha de desempeñar.

Nosotros bosquejamos este cuadro con mano trémula, muger bellísima que eres el encanto del hombre, la esperanza toda del porvenir: nuestros ojos están fijos en tí, y de tí no se separan al consagrarte estos renglones, porque vemos el aspecto imponente que á nuestra vista se presenta, vemos una generacion nueva, vigorosa que junto á tí se forma, que de tí recibe el impulso que habrá luego de moverla, y al contemplar que será feliz ó desgraciada si tú eres ilustrada ó ignorante, previsora ó negligente, queremos y anhelamos que la *madre de familia* en Cuba sea el ornato de su sexo, el fundamento de su civilizacion y la antorcha que con vivos resplandores ilumine el altar perenne que á la rectitud y á la santidad de las costumbres erije el matrimonio, el matrimonio á que está llamada con toda la influencia humanitaria de su inteligencia y su corazon.

Hemos dicho que por mucho que adelantase la educacion nunca será perfecta la que en co-

legios y academias se da á la muger. Nos hemos contraído ya á la educacion puramente *intelectual*, y aunque hemos consignado la influencia que esta tiene en la *moral*, decir debemos que es pobre, deficiente, mezquina la que se logra alcanzar en los institutos dedicados á la enseñanza.

Y no se crea que este nuestro parecer se refiera solo á las academias de niñas abiertas en Cuba, no: sucede lo mismo con todas en mayor ó menor proporcion; porque el inconveniente que luego espondremos no es especial ni exclusivo á parte determinada, por consiguiendo hemos supuesto y concederemos el grado mas alto de progreso para emitir nuestras reflexiones.

La educacion *moral* de la muger la constituyen no solo el conocimiento de sus deberes religiosos, domésticos y sociales, no solo el conjunto de buenos principios que como doctrina se le inculque y que de norte pueda servirle, sino que tiene otra parte esencial, importantísima que ni se aprende ni se adquiere en el recinto de un colegio. La muger, como esposa y como madre, como persona colocada al frente de una familia presidiendo los cuidados, atenciones y desvelos que cada hora, cada momento exigen sus hijos y la armonía misma de cuantas personas la rodean, necesita de mucha prevision, de mucho tino, de esquisito tacto, y de cierta cordura que no emana solo de los principios, sino de la eficacia viva del ejemplo: frutos que no puede darlos sino la experiencia, y experiencia que solo adquiere en medio del hogar doméstico, y de la multitud de afanes que perennemente rodean á la madre de familia.

El espacio de una academia, de un colegio, no es el teatro en que la muger alcance tan valioso tesoro. Por muy esquisito que sea el cuidado que con ella se tenga, por muy esmerado el empeño de transmitirles conocimientos útiles, y por muy apreciables, rectos y sanos los principios de moralidad que se le enseñen, todo será incompleto y deficiente. Las atenciones de un colegio son muy marcadas, y los trabajos que en él se tienen están sujetos á distribucion de horas que apenas bastan para satisfacerlos. Clases de instruccion y de labores, clases de adorno y de recreo, ocupan toda la mañana y las horas todas de la tarde: vienen las de la noche, y las niñas ó ya estan en la morada de sus padres, ó en el estudio preparatorio del siguiente día, del cual se separan para el natural descanso. Esto es lo que generalmente pasa en todos los colegios: habrá sí algunos en que se enseñe moral religiosa y social; pero esta enseñanza es muy superficial y somera, todavía ni está estendida, ni tampoco se ha reconocido, permítasenos esta franqueza, toda su importancia. Aun cuan-

do así fuera, los preceptos ocupan el tiempo todo, y la teoria no es la que forma una buena madre de familia, por mas que conozcamos cuanto influye aquella en la consecucion de tan recomendable objeto.

Trasladémonos por un instante al centro mismo de la familia, al hogar privado. Veremos allí á la muger ejerciendo á cada paso las bellas dotes con que el cielo quiso distinguirla. La prudencia en todos los pasos de su vida, la tolerancia para con sus inmediatos allegados, la mansedumbre en sus palabras, la templanza en sus miradas, la serenidad en su frente, la resignacion en su alma para sufrir las amarguras y sinsabores de la vida, su esperanza sostenida en medio de las desgracias por el dulce consuelo de sus creencias, el amor siempre vivo hácia sus hijos, la discrecion y juicio en estudiar su carácter, su índole, sus inclinaciones, no para combatirlas de frente ni irritarlas, sino para bien encaminarlas y dirigir las, el moderado uso de su riqueza, la sagacidad en aprovechar ocasiones oportunas para un consejo, una advertencia que mil veces se dan sin una sola palabra que de esposicion le sirva, constituyen un conjunto inmenso, complicado, imposible de presentarse nunca en el estrecho espacio de un colegio. Eficaz para la instruccion, mezquino, insignificante, nulo para ese gran cuadro en cuyo centro se halla incesantemente colocada la muger. ¿Diremos pues que en él se educa para el matrimonio? ¿qué de él sale preparada para las atenciones importantes de su estado? Sin vacilar ni un instante estaremos de acuerdo con la opinion ya emitida en los párrafos anteriores.

Reducidos y muy señalados son los casos que se presentan en una academia para transmitir en ellas los tesoros de la experiencia. ¿Qué situacion es la que allí puede tener una niña para aprovecharse de la oportunidad del ejemplo? ¿Cuál la que servirla pueda de línea de conducta en posteriores y análogas circunstancias? Limitadas sus relaciones para con las demas que son sus compañeras, reducidas tambien las que á sus directoras las ligan, el hábito mismo de cumplir los deberes que allí contrae le hacen fijar sus miradas en un círculo estrecho, cuya tendencia no prevé porque tampoco se le ofrece la inmensa perspectiva del hogar doméstico, escena amplia y anchurosa en que han de brillar con las dotes de la inteligencia, las dotes bellisimas del corazón.

Los azares de la suerte, los duros quebrantos del infortunio, se desconocen por la muger en el centro de las academias: las lágrimas del dolor tampoco se derraman allí á su presencia, ni se vierten en el alma los dulces consuelos que demandan las turbulencias de espíritu. Elójianse sí las virtudes, se infunde amor y adhesion á ellas, pero las palabras se desva-

necen ó se olvidan, y nosotros necesitamos que todo esto hiera nuestros sentidos, conmueva nuestra alma, afecte nuestra organizacion, sacándonos del inalterable sosiego que nos enerva y anonada.

Mientras no se experimente y sienta el placer de proporcionar el bien, no podrá nunca valorarse y dispensarse, porque á tanto no llega la eficacia de la palabra. Preparará esta el corazón, lo formará también si se quiere, aumentará sus tendencias al beneficio; pero una sola lágrima que la gratitud derrame por un favor que proporcionáremos valdrá infinitamente más que todas las lecciones que se nos dieran. He aquí lo que tampoco pasa en el recinto de los colegios.

“Si alguna persona está necesitada debes socorrerle,” se le dice á una niña; “si la devora el hambre, si la sed la inquieta debes satisfacer esas crueles exigencias, darle ropa con que cubrir su desnudez, consuelo para sus dolores, esperanza á su abatimiento.” Estas máximas

empero quedan grabadas en la memoria y nada más. La mano de la madre de familia que se abre para auxiliar al desvalido, la dulce sonrisa que le anima, la mirada afectuosa con que mitiga las congojas del necesitado, haciéndole conocer que la compasión la inspira, es lo que penetra el corazón, lo que ilustra el alma, lo que forma verdaderamente la educación moral de la mujer. Buscadla, pues, en el recinto sagrado de su hogar, buscadla en el silencio de la familia, buscadla en esos grupos de niños inocentes y bellos que estasiados la contemplan, y si observais en ella mansedumbre y tolerancia, fe y resignación, amor perenne á los cuidados que la inquietan, dadle vuestras bendiciones y coronad su frente despejada y pura, para que en ella se refleje el porvenir hermoso que el matrimonio le brinda en los rápidos días de su existencia.

M. Costales.

LA ADULTERA.

¡Pobre jóven infeliz!
Al desprecio condenada,
Llora, llora tu deslíz,
Llora aquel tiempo feliz
En que fuiste respetada.
Llora la joya preciosa
Que atesoraba tu honor;
Llora, muger veleidosa,
Esa mancha vergonzosa
Que te da tu impuro amor.
Ayer del mundo en la escena,
Pura, inocente y tranquila,
Como cándida azucena,
Una conciencia serena
Revelaba tu pupila.
Ayer era tu existencia
Arca de honor y recato;
Mas ya, cual flor sin esencia,
Sin virtud, sin inocencia,
Todos esquivan tu trato.
Que la muger que no advierte
A su planta el precipicio,
Resbala á tan dura suerte,
Y la sorprende la muerte
Sobre las heces del vicio.
Mira, muger, tu flaqueza
La suerte que te señala,
¿Qué te valdrá la belleza
Si ya cual flor de pureza
Blando perfume no exhala?
¿Qué te valdrá que haya sido
El eden, el rico cielo
De un tierno esposo rendido,
Si con ella te has sumido
En las miserias del suelo?
¿Qué te valdrá si al delito
Condenó tu juventud,
Y en tu impura frente ha escrito

El anatema maldito
De la muger sin virtud?
¿Podrás compartir tu lecho
Con tu esposo, y sin desdoro
Ofrecerle amor tu pecho?
¿Podrás decirle “te adoro,”
Sin llenarlo de despecho?
Podrás, cual madre amorosa,
Educar tus hijos bellos,
Solicita y cuidadosa,
Y podrás también dichosa
Compartir tu amor con ellos?
No—que olvidando el honor
Sacrificaste á un placer
De tu familia el amor:
No—que por tierra esa flor
Tan bella has visto caer.
No—que tal vez ahora eres
La dama que á un libertino
Le vende torpes placeres,
Y á todo afecto prefieres
Seguir del vicio el camino.
Porque es el vicio el abismo
En cuyo seno profundo,
En odioso escepticismo,
Se vive para sí mismo
Otra vida en otro mundo.
Se vive sin el amor,
Se vive sin la amistad,
Se vive sin el honor,
Y se vive en el error
Sin comprender la verdad.
¡Tiembra del mal que te has hecho!..
Qué, sin tu prole y consorte,
Con un infierno en el pecho
Has de morir, y en tu lecho
Solo el crimen te hará corte.

F. M. R.

FANTASIA.



ED allí que viene la amada de mi corazón: por entre las rosas viene, y las rosas la saludan como hermanas cariñosas á otra hermana. Blanca y bella es mi amada. Sus cabellos, como lluvia de

oro, se derraman por sobre sus espaldas, y sus espaldas son como montones de azucenas á quienes el aire no ha robado todavía su perfume. Mi amada rie, y las flores abren sus cálices para recoger en ellos el aliento de su boca.

La presencia de mi amada es la dicha: cuando mi amada no está, todo es tristeza en la natura.

Ven, pues, amada mia, acércate á mí y alegra mi corazón con tu presencia.

La voz de mi amada es dulce como el sonido de los sauces, y los suspiros de su pecho para mí mas tristes que el canto de la tórtola á la hora solitaria del crepúsculo.—¡Oh! no suspires nunca, amada mia; viérame morir entonces de tristeza. ¿Acaso has visto tú que las flores suspiren?

Tu sonrisa es como el primer albor de la mañana: ella infunde en el alma la alegría y arranca á mi pecho un canto que en vano procuraría sofocar en él.

Menudos hilos de perlas son tus dientes, y el coral mas encendido no podría rivalizar con la púrpura de tus labios.

Tus pulidas mejillas parecen dos hojas de rosa colocada en tu rostro para que luzca mas hermosa la blancura de tu pecho y tu garganta.

¡Oh, amada mia! tú eres un conjunto raro de bellezas que mi lengua no es capaz de describir dignamente, por mas que su constante admiración sea la ocupación única de mi vida.

En tus ojos reside la luz que ilumina el firmamento: cuando tus párpados nos velan la claridad que esparcen tus pupilas seductoras, todo es noche para mí.

Tú eres, no hay duda, amada mia, la elegida de Dios para hacer del mundo, á los ojos de los que te aman, una mansión deliciosa, donde todo parece estar dispuesto para servir de encanto á los ojos y de dicha al corazón.

Cuando tus manos ostentan precioso ramo de flores, ¿piensas que sean ellas las que logren fijar mi atención? tus manos primorosas son las que únicamente me ocupan, porque el mas hermoso lirio no podría competir con ellas en blancura y suavidad.

Tú vienes por entre las flores, y alegre vienes. La alegría aposenta en tu corazón, y del mío huye la tristeza luego que alcanzo á verte.

Amada mia: ¿dónde estabas tú, que todo era buscarte sin que mis ojos lograsen ver tus ojos, sin que mis oídos oyesen el eco de tu voz dulcísima?

Yo te buscaba ¡oh amada! porque no podía vivir sin tí: te buscaba entre las flores, y las flores también estaban tristes y sin perfume porque tú no estabas.

¿Acaso fuiste al interior del bosque para que las aves en lo dulce de tu voz aprendiesen á cantar mas tiernamente y arrullasen tus oídos cuando duermes?

¿Fuiste, amada mia, á las orillas del mar y allí te estasiaste contemplando los dorados peces que, al escuchar tu voz armoniosa, saltaban de placer sobre las aguas para saludar la hermosa sirena que se acercaba á su morada, y cuyo canto se mezclaba tiernamente al murmullo de las ondas?

Yo no sé donde estabas, amada mia, pero triste sentía mi corazón, que lloraba por tu ausencia.

Pero he aquí que ya llega mi amada: coronada de rosas viene y salpicada de gotas de rocío, que son como otras tantas perlas que embellecen su vestidura.

Oh! amada mia. El ángel de la pureza eres tú: el candor y la inocencia se reflejan en tu rostro purísimo, y nadie sería capaz de pensar que tu corazón abrigase un solo sentimiento que no fuese digno de tí, que eres un ángel.

La perversidad, la maledicencia y la envidia acaso hayan pretendido empañar con el soplo infame de su aliento la inmaculada pureza de tu alma!

Tranquilízate: tu presencia será bastante á llenar de confusión á los iníquos; porque el vicio no puede soportar tranquilo la justa indignación que fulmina la mirada aterradora de la inocencia, contra los que injustamente han pretendido calumniarla.

Yo sé que tú eres bella, como la luna cuando baña con su luz suave la superficie inmensa del Océano; pura como el lirio que crece en nuestros valles; inocente como la paloma que arrulla tu sueño con sus cantos, candorosa como el tierno infante que reclina la frente sobre los hombros de su madre; sencilla como todas tus acciones, y cariñosa....hé aquí lo único que yo no sabría asegurar.

I. de Estrada y Zenea.

NOVEDAD EN LOS FERRO-CARRILES DE EUROPA.



O es nuestra intencion, al ofrecer en EL ALMENDARES el presente artículo, revestirle de alta importancia que tal vez no todos hallen en él, sino de presentarle al estudio de los hombres interesados en todo lo que pueda ser concerniente á los ferro-carriles, como una *curiosidad* que si no mereciera ser meditada al menos nada se perderá por conocerla, pues que el dicho vulgar nos repite incesantemente que *el saber no ocupa lugar*.

Es el caso que acaba de ser inventada en Italia, y experimentada en el ferro-carril del Sud Oeste la aplicacion de la fuerza animal para el fomento y servicio de los ferro-carriles, no necesitando así la costosa y aun peligrosa máquina locomotiva. La nueva invencion consiste en colocar los animales dentro de una especie de carruage llamado *Impulsoria*, por la que ellos transmiten la fuerza á las ruedas principales. Esta transmision se consigue por un medio muy simple, utilizando el carretero conductor el poder y propio peso de los animales. El caballo, introducido dentro de la *Impulsoria*, queda colocado sobre un piso ó plataforma artificial rectilínea que gira tan fácilmente, que el animal, que está sujeto en las barras, cuando camina no se adelanta en nada; pero lo que interesa para el objeto es, que la plataforma gire hácia atrás. Por medio de esta plataforma artificial, llamada en la patente *pedivella*, se mueve un eje armado de una polea que por medio de una cuerda transmite el movimiento á las ruedas mayores. Variando las proporciones entre los diámetros de las poleas, obtienen diferentes grados de velocidad. Los caballos deben trabajar siempre con su paso habitual, hasta que la nueva locomotiva adquiera la propiedad de correr con cualquiera velocidad pedida, aunque sea de 60 millas por hora, sin alterar el paso usual de los caballos, que están dentro de la impulsoria lo mismo que en la cuadra.

La importancia de introducir los caballos dentro del carruage con el objeto de conseguir mas ventaja del sobrante de la accion del motor, ha sido largamente pensada, y este principio ha sido mucho tiempo intentado en Inglaterra, Francia é Italia, pero sin ningun resultado.

La nueva máquina, cuyo inventor es el señor Clemente Masserano de Pigueral, en el Piamonte, traída de Italia á Inglaterra, y de-

positada en la estacion de los Nueve Olmos del camino de hierro de Sud Oeste, se ha experimentado en esta línea: lo que se ha ejecutado por dos solos caballos que han trabajado muy bien sobre la *pedivella*. Se ha hecho un experimento con mas de 30 wagones en la pendiente de la estacion.

Para hacer correr un wagon adelante y atrás, se le engancha la impulsoria, y en la corta distancia de la estacion lo verifica con seguridad á razón de 7 millas por hora. En el experimento que se ha de hacer en la gran línea se espera que correrá de 15 á 20 millas por hora; y está calculado que una máquina con otros dos caballos mas, correrá con mas velocidad que una locomotriz. La impulsoria corre adelante y atrás lo mismo que un locomotor, pero los caballos, ni cambian de direccion ni de movimiento. Pueden los caballos pararse instantáneamente sin que pare la máquina, y esta puede asimismo ser parada mientras que los caballos continúan su paso en la *pedivella*, sin que se transmita movimiento á las ruedas. Por la simple manera con que ejercen los caballos su potencia en la nueva máquina, pueden andar ó trabajar con facilidad el tiempo regular, que es de ocho horas al día. Durante estas ocho horas, la impulsoria puede correr al menos sobre 30 millas ocho veces; y como cuatro caballos no hacen mucho mas gasto de dos chelines cada uno por día, resulta tan solo un costo de ocho chelines, cuando cuesta seis peniques ó medio chelin cada uno de vapor en una milla, y seis libras esterlinas solamente el *coke*. Tal economía es de mucha importancia para los grandes intereses invertidos en los ferro-carriles, asunto de enormes gastos para tenerlos en actividad. Segun dice el doctor Larder en su preciosa obra de *Economía para los ferro-carriles*, el motor locomotivo absorbe siempre mas de la mitad y á menudo los cuatro quintos de todo el gasto del trabajo. Pero la principal ventaja de la nueva máquina es proporcionar muy barata la locomocion en las líneas de menor categoría; por consiguiente facilita la ventaja de los ferro-carriles en localidades hasta ahora impracticables por la dificultad del transporte de las máquinas de tan gran enorme peso.

Los directores del ferro-carril del Sud Oeste son los primeros que han recibido en su línea la Impulsoria y facilitado el experimento á su ingenioso inventor; por lo que éste ha manifestado su particular reconocimiento al ingeniero en jefe de la locomotiva del departamento M. Gooch y su auxiliar M. Trevethick.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

CUENTOS DE CARLOS PERRAULT.

(TRADUCIDOS DEL FRANCES.)

CUENTO SEPTIMO.

LA BELLA DURMIENDO EN EL BOSQUE.

Habia en cierta ocasion un rey y una reina que estaban fastidiados por no tener hijos, tan fastidiados que no se podria explicar. Tomaron todas las aguas del mundo: votos, peregrinaciones; todo lo pusieron en ejecucion, pero de nada servia. En fin, la reina llegó á ser madre y dió á luz una hija. Se la bautizó con toda pompa, y tuvo por madrinass todas las hadas que se pudieron encontrar en el país (se hallaron siete), á fin de que haciéndola cada una de ellas un don, segun la costumbre de las hadas en aquel tiempo, tuviese la princesa por este medio todas las perfecciones imaginables. Despues de las ceremonias del bautismo, toda la compañía volvió al palacio del rey, donde se dispuso un gran festin para las hadas. Se puso delante de cada una de ellas un cubierto magnífico, con su estuche de oro macizo donde habia cuchara, tenedor y cuchillo de oro fino guarnecido de diamantes y rubies. Cuando cada una tomó su lugar en la mesa, se vió entrar una vieja hada, que no se habia convidado porque hacia mas de cincuenta años que no salia de una torre, creyéndose muerta ó encantada. El rey la mandó dar un cubierto, pero no hubo medio de darla un estuche de oro macizo como á las demas, porque no se habian hecho mas que siete para las siete hadas. La vieja creyó que se la despreciaba y murmuró entre dientes algunas amenazas.

Una de las hadas jóvenes, que estaba cerca de ella, la oyó, y juzgando que podria dar algun mal don á la infanta, fué, cuando se levantaron de la mesa, á esconderse trás de la tapicería, á fin de hablar la última, y de poder reparar en cuanto la fuese posible el mal que hubiese hecho la vieja. Entretanto las hadas empezaron á hacer sus dones á la princesa. La mas jóven la dió por don que seria la muger mas bella del mundo; la siguiente que tendria un genio como un ángel; la tercera que tendria una gracia admirable para todo lo que hiciese; la cuarta que hablaria muy bien; la quinta que cantaria como un ruiseñor, y la sesta que tocaria toda clase de instrumentos con suma perfeccion.

Tocó el turno á la vieja, y meneando la cabeza con mas despecho que vejez, dijo que la princesa se atravesaria la mano con un huso y que moriria de sus resultas. Este terrible don hizo estremecer á toda la compañía y no hubo nadie que no llorase. En aquel momento salió la jóven hada de detrás de la tapicería y dijo en alta voz estas palabras:— Calmaos, rey y reina, que vuestra hija no morirá; es verdad que no tengo bastante poder para deshacer enteramente lo que ha hecho la vieja; la princesa se atravesará la mano con un huso; pero en lugar de morirse, caerá solamente en un profundo sueño, que durará cien años, al cabo de los cuales el hijo de un rey vendrá á despertarla.

El rey, procurando evitar la desgracia anunciada por la vieja, mandó publicar al punto un edicto por el que se prohibió á todas el hilar con huso, ni tener husos en su casa, so pena de la vida. Al cabo de quince ó diez y seis años, habiendo ido el rey y la reina á una casa de recreo, sucedió que la jó-

ven princesa, corriendo un dia por el castillo y subiéndolo de cuarto en cuarto, fué hasta lo alto de un torreón en un pequeño desvan, donde una buena muger estaba sola hilando con su rueca. Esta buena muger no habia oido hablar de la prohibicion que habia hecho el rey de hilar con huso.—¿Qué haces ahí, buena muger?

—Estoy hilando, niña, dijo la vieja que no la conocia.

—¡Ay, qué bonito es eso! repuso la princesa: ¿cómo lo haceis? Dadme á ver si puedo hacer lo mismo. Apenas cogió el huso, como era muy viva y un poco aturdida, y por otra parte el destino de las hadas lo manejaba así, se atravesó la mano con él, y cayó desmayada. La buena de la vieja, sumamente turbada, pidió socorro; de todas partes vinieron, echaron agua en el rostro de la princesa, la aflojaron, la golpearon las manos, la frotaron las sienes con agua de la reina de Hungría; pero nada la hacia volver. Entonces el rey, que habia subido al ruido, se acordó de la prediccion de las hadas, y juzgando que esto tenia que suceder, pues las hadas lo habian dicho, hizo poner á la princesa en el mejor cuarto de palacio, en una cama bordada de oro y plata. Estaba tan bella que se hubiera dicho que era un ángel, porque su desmayo no le habia quitado los vivos colores de su tez; sus mejillas eran encarnadas y sus labios de coral; tenia solamente los ojos cerrados, pero se le oía respirar dulcemente, lo que hacia ver que no estaba muerta.

El rey mandó que la dejasen dormir tranquilamente hasta que llegase la hora de despertar. La buena hada que la habia salvado la vida condenándola á dormir cien años, se hallaba en el reino de Lataquin, á doce mil leguas de allí, cuando sucedió esto á la princesa; pero fué avisada al instante por un enano que tenia botas de siete leguas (eran unas botas con las que se andaban siete leguas de cada zancada). La hada partió al punto, y al cabo de una hora se la vió llegar en un carro de fuego tirado por dragones. El rey la dió la mano al bajar del carro. Ella aprobó todo lo que habia hecho; pero, como era sumamente previsora, pensó que cuando la princesa se despertase se veria muy confusa al encontrarse sola en aquel antiguo castillo. Hé aquí lo que hizo: tocó con su varita todo lo que habia en el castillo (escepto al rey y la reina), ayas, damas de honor, camareras, gentiles hombres, oficiales, gefes de cocina, cocineros, marmitones, galopines, guardias, suizos, pajes, criados; tocó tambien todos los caballos que habia en las caballerizas con los palafreneros, los grandes mastines del patio y la pequeña Pouffe, perrita de la princesa, que estaba junto á ella en la cama. En cuanto los tocó se durmieron todos para no despertarse sino al mismo tiempo que su ama, á fin de estar prontos á servirla, cuando lo necesitase. Los mismos asadores que estaban al fuego llenos de perdices y faisanes se durmieron juntamente con el fuego. Todo esto se hizo en un momento, pues las hadas no eran largas en sus tareas. Entonces el rey y la reina, despues de haber besado á su querida hija sin que se despertase, salieron del castillo, publicando bandos para que no se acercasen. Estos bandos no eran necesarios, porque en un cuarto de hora creció al rededor del parque un número tan grande de árbo-

les grandes y pequeños, y de zarzas y espinos enlazados unos con otros, que no hubieran podido pasar hombres ni animales; de suerte que no se veía mas que lo alto de las torres del castillo, aunque de bien lejos. No se dudó que la hada hubiese hecho alguna cosa para que mientras dormía la princesa, no tuviese nada que temer de los curiosos.

Al cabo de cien años, el hijo del que reinaba entonces, y que era de diferente familia que la princesa dormida, fué á caza por aquel lado y preguntó qué eran aquellas torres que se veían en aquel bosque tan espeso. Cada uno le respondió según lo que habia oído: unos decían que era un castillo antiguo donde habia duendes; otros que todas las brujas de la comarca celebraban allí sus fiestas. La opinion mas comun era que vivia allí un ogro, y que llevaba allí todos los niños que podia coger para poderlos comer á su gusto, sin que nadie le pudiese seguir, pues solo él tenia la facultad de poder pasar al través del bosque.

El príncipe no sabia á qué atenerse, cuando un viejo aldeano tomó la palabra y dijo:—Príncipe mio, hace mas de cincuenta años que he oído decir á mi padre que en este castillo habia una princesa lo mas lindo que se habia visto; que debia dormir allí cien años, y que seria despertada por el hijo de un rey á quien estaba reservada.

El jóven príncipe, al oír esto, se sintió lleno de fuego; creyó sin dudar que pondría fin á semejante aventura, y guiado por el amor y por la gloria, resolvió ver al momento lo que era.

Apenas avanzó hácia el bosque, todos aquellos grandes árboles, las zarzas y los espinos se apartaron para dejarle pasar.

Marchó hácia el castillo que veía al final de una gran calle donde entró; pero lo que le sorprendió fué que ninguno de los que le acompañaban pudo entrar, porque los árboles se reunieron en cuanto hubo pasado. No dejó de continuar su camino, pues un príncipe jóven y enamorado siempre es valiente.

Entró en el gran patio, donde todo lo que vió era capaz de helarle de espanto: habia un silencio espantoso; por todas partes se presentaba la imagen de la muerte, y no habia mas que cuerpos de hombres y de animales que parecían muertos. Sin embargo, bien pronto conoció en la nariz granujienta y la cara encarnada de los suizos que no estaban mas que dormidos; y las tazas, donde habia aun algunas gotas de vino, mostraban que se habian dormido bebiendo. Pasó á un gran patio embaldosado de mármol, subió la escalera, entró en la sala de guardias, que estaban colocados en fila con las carabinas al hombro y roncando á mas y mejor. Atravesó muchos cuartos llenos de damas y gentiles hombres durmiendo todos, unos de pie y otros sentados. Entró en una habitacion toda dorada, y vió en una cama, cuyas cortinas estaban descorridas por todos lados, el mejor espectáculo que habia visto nunca: una princesa que parecia tener quince ó diez y seis años y cuyo rostro resplandeciente tenia alguna cosa de luminoso y divino. Se acercó trémulo y admirado y se puso de rodillas junto á ella. Entonces, acabándose el encantamiento, se despertó la princesa, y mirándole con ojos mas tiernos de lo que permitia la primera entrevista, le dijo: —¿Sois vos, príncipe mio? Bien nos habeis hecho esperar." Encantado el príncipe de sus palabras y mas aun del modo de decirlas, no sabia como manifestarle su reconocimiento y alegría, asegurándole que la amaba mas que á sí mismo. Aunque sus discursos eran mal ordenados, les agradaban así mas. Estaba él mas confuso que ella, lo cual no debe extrañarse, porque ella tuvo tiempo de pensar lo que le habia de decir, pues parece (sin embargo de que

la historia no dice nada de esto) que la buena hada durante aquel largo sueño la proporcionó agradables visiones. En fin, cuatro horas hacia que se hablaban y aun no se habian dicho la mitad de las cosas que tenían que decirse.

Entretanto todos los del palacio se despertaron con la princesa; cada uno pensó en hacer su oficio, y, como no estaban todos enamorados, se morían de hambre. Impaciente la dama de honor dijo en alta voz á la princesa que estaba la mesa puesta. El príncipe ayudó á levantar á la princesa, que estaba magníficamente vestida; pero se guardó muy bien de decirle que estaba vestida como su abuela, es decir á la antigua, pues no era menos linda por eso. Pasaron á un salón cubierto de espejos, y cenaron allí servidos por los oficiales de la princesa. Los violines y oboes tocaron piezas antiguas pero escelentes, aunque hacia cerca de cien años que no se tocaban; é inmediatamente despues de cenar, el limosnero mayor los casó en la capilla del castillo, y la dama de honor corrió las cortinas. Durmieron poco, la princesa no tenia muchas ganas, y el príncipe la dejó por la mañana para ir á la ciudad donde su padre estaria con cuidado por él. El príncipe le dijo que se habia perdido cazando en el bosque, y que habia dormido en la cabaña de un carbonero que le dió á comer pan negro y queso. El rey su padre, que era un buen hombre, lo creyó; pero su madre no se quedó convencida; y viendo que casi todos los dias iba de caza y que nunca le faltaba alguna excusa cuando pasaba dos ó tres noches fuera, no dudó que tuviese algun amorcillo. Vivió con la princesa mas de dos años y tuvo de ella dos hijos, de los que al primero, que era una niña, la pusieron por nombre Aarora, y al segundo, que era un niño, Lucero, pues parecia aun mas hermoso que su hermana. La reina decia muchas veces á su hijo para hacerle hablar, que era preciso pasar agradablemente la vida; pero nunca se atrevió él á fiarla su secreto: aunque la amaba, la temia, pues era de raza de ogros, no habiéndose casado el rey con ella sino porque era muy rica. Aun se decia que tenia inclinaciones de ogro, y que al ver pasar á los niños tenia que contenerse para no arrojarlos sobre ellos; por eso el príncipe no quiso decirle nunca nada. Pero cuando el rey murió, al cabo de dos años, y él se vió dueño, declaró públicamente su matrimonio, y fué con gran ceremonia á buscar á su mujer y sus hijos al castillo, haciendo una entrada magnífica en la capital. Poco tiempo despues tuvo el rey que ir á la guerra contra el emperador Cantalabutto, su vecino, y dejó encargada la regencia á su madre, recomendándole mucho su mujer y sus hijos. Tenia que estar en la guerra todo el verano; y así que partió, envió la reina madre á su nuera y sus hijos á una casa de campo para poder saciar mas fácilmente su horrible deseo. A los pocos dias fué allí y dijo una tarde á su cocinero:—Mañana quiero comerme á la pequeña Aurora.

—Pero, señora...! dijo el cocinero.

—Lo mando, dijo la reina (y lo dijo en tono de ogro que desea comer carne fresca); y la quiero comer compuesta á la Robert.

El pobre hombre viendo que no habia que andar jugando con una ogra, cogió su cuchillo y subió al cuarto de la pequeña Aurora, que tenia entonces cuatro años, y vino saltando y riendo á echarse á su cuello pidiéndole bombones. Se echó á llorar y el cuchillo se le cayó de las manos; fué al corral, degolló un corderillo, y le hizo una salsa tan buena que su ama le aseguró no haber comido nunca una cosa mejor.

Al mismo tiempo cogió á la pequeña Aurora y

se la dió á su muger para que la ocultase en la habitacion que tenia al fondo del corral; ocho dias despues la malvada reina dijo á su cocinero:—Quiero que me pongas para cenar á Lucerito.

No replicó, resuelto á engañarla como la otra vez. Fué á buscar á Lucerito, y lo encontró con un florete en la mano batiéndose con un gran mono, sin embargo de que no tenia mas que tres años. Le llevó á su muger, que le escondió con la pequeña Aurora, y dió en su lugar un cabrito muy tierno que la ogra encontró admirablemente bueno.

Todo habia ido bien hasta entonces; pero una tarde, aquella malvada reina dijo al cocinero:—Quiero comerme á la reina con la misma salsa que sus hijos.

Entonces fué cuando el pobre cocinero desesperó de poderla engañar aun. La jóven reina tenia veinte años cumplidos, sin contar los cien años que habia estado durmiendo, así que su piel estaba un poco dura, aunque bella y blanca, por lo que no habria medio de encontrar en el corral un animal tan duro. Tomó pues la resolución, para salvar la vida, de degollar á la reina, y subió á su cuarto con ánimo de no retardarlo: entró furioso, puñal en mano, en el cuarto de la jóven reina; mas no queriendo sin embargo sorprenderla, la dijo muy respetuosamente la orden que habia recibido de la reina madre.

—Cumplidla, dijo ella tendiendo el cuello, ejecutad la orden que os han dado; iré á ver á mis pobres hijos que tanto he amado. Ella los creia muertos desde que se los habian quitado sin decirle nada.

—No, no, señora, respondió enternecido el pobre cocinero; no morireis, ni dejareis de ver á vuestros hijos, porque os llevaré á mi casa, donde los he ocultado, y engañaré tambien á la reina, haciéndola comer una corza en vuestro lugar.

La llevó en seguida á su cuarto, donde la dejó abrazando á sus hijos y llorando con ellos, y fué á componer una corza, que la reina cenó con el mismo apetito que si hubiese sido á la jóven reina. Estaba muy satisfecha de su crueldad, y se preparaba á decir al rey, á su regreso, que unos lobos rabiosos se habian comido á su muger y á sus dos hijos.

Una tarde que andaba rodando, como ordinariamente, por los patios del castillo para descubrir al-

guna carne fresca, oyó en una sala baja á Lucerito, que lloraba porque su madre le queria castigar por alguna travesura, y á la pequeña Aurora que pedia perdon para su hermano. La ogra reconoció la voz de la reina y de sus hijos, y furiosa por haber sido engañada, mandó á la mañana siguiente con una voz que hacia temblar á todos, que se llevase en medio del patio una gran cuba llena de víboras, sapos, culebras y serpientes, para echar allí á la reina y sus hijos, al cocinero, su muger y su criada, dando la orden de que los llevasen con las manos atadas á la espalda. Ya estaban allí, y se preparaban los verdugos á echarlos en la cuba, cuando el rey, á quien no se esperaba tan pronto, y que habia venido en posta, entró á caballo en el patio y preguntó asombrado lo que significaba aquel horrible espectáculo. Nadie se atrevia á decírselo, y la ogra rabiosa de ver aquello, se echó de cabeza en la cuba, donde fué devorada al instante por los muchos animales que habia dentro. El rey no dejó de sentirlo pues era su madre; pero bien pronto se consoló con su linda muger y sus hijos.

MORALEJA.

Aguardar por algun tiempo
Marido rico y galan,
Apuesto y de buen carácter
Es cosa muy natural;
Pero esperarle durmiendo
En vano cien años mas,
Muchacha ya no se encuentra
Para tanto descansar.
Esta fábula pretende
Enseñaros ademas,
Que los lazos de Himeneo
No menos dulces serán
Porque se difieran; antes
En ello habrán de ganar.
Pero si hay tal entusiasmo
Por la fe matrimonial
En las jóvenes solteras,
¿De qué modo habré de hallar
Valor en mí para irles
Con semejante moral?

DOLORA.

—No llores mas, ángel mio,
Que estoy, querido, á tu lado.
—Desfallezco.... tengo frio....
Madre, me siento morir....
—Hijo, no agovies mis males
Con esas tristes palabras,
Para mi amor tan fatales....
—Oh!.... no puedo sonreir
Que ya me falta el aliento....
Mis ojos pierden su brillo.
Ay!.... ya el corazon no siento,
¿Cuán agudo es mi dolor!....
Tu mano, madre querida....
Ponla aquí.... sobre la frente,
A ver si me da la vida
Renovándome el ardor....
—Sí.... ven á mi seno, hijo,
Deja te bese, alma mia,
Con deseo puro y fijo....
—Bésame mas.... qué placer!....

Oh! Bésame, qué consuelo!
Qué dulcísimo embeleso!
Hasta que vuele hacia el cielo
Dejame gozar tal bien...!
—Pero pierdes tus colores
Y ya se cierran tus ojos...
—Madre, crecen mis dolores,
Pronto voy á agonizar....
No llores.... mira que bellas
Esas vírgenes!.... ¡qué puras!....
Entre mil nubes de estrellas....
Ya me empiezan á llamar....
—Ay!... no mueras tan temprano....
—Madre, adios, deja mi lado....
Dame.... tu beso.... tu mano....
Y tu santa bendicion.
Consuélate, madre mia,
Pues que voy hácia la gloria
Y ya escucho su armonía....
Ay!... mi madre... adios... adios.

F. Pié y Faura.

POR COGER COCUYOS.



AJO los frondosos árboles de un ameno jardín, en una hermosa mañana del mes de Enero, pasaron las escenas que vamos á contar á nuestras amigas, y Dios les conceda, por único premio, la sonrisa de unos labios de púrpura, ó la tierna mirada de unos ojos radiantes, vívidos y refulgentes como el sol que los anima.

Don Santiago, astro que se eclipsa, caballero de cincuenta años, tuvo la humorada de hacerse peinar por un hábil peluquero bajo las verdes ramas de una hermosa ceiba que tenia en el centro de su jardín en una pintoresca casa del aristocrático Cerro; sus vecinas, á quienes perseguía como el *majá* á la paloma, miraban desde las próximas cercas de piedras el nuevo capricho de aquel viejo adonis, cuyos años no eran suficientes para hacerlo entrar por la línea recta de una juiciosa censantía. “¿Qué traerá entre manos,” se decían unas á otras, “que tan de mañana, y sin temor á la tos y al reuma, perfuma sus anquilados cabellos y arregla su histórica peluca?” Pero D. Santiago, dominado en aquellos momentos por una idea fija, no reparaba en los centinelas de vista que tenia, y si indagaba, hasta con el artista perfumador, el éxito que tendrían sus planes; pues debemos advertir que tenia unos proyectos entre manos.

—Amigo peluquero, le dijo; si tuvieseis como yo cincuenta años, si por un beso de la fortuna os encontrarais con tres ó cuatro mil duros de renta mensual, y vieseis cada momento tiernas palomitas, lindos pajarillos, saltando por las flores de vuestro jardín, mirándoos con sus bellos ojos, haciéndoos la boca agua con sus esbeltos talles, ¿qué haríais?

—Señor, la cosa es muy clara, el problema muy fácil de resolver: seguramente que mi opinion seria encerrarlas á todas juntas en una jaula de oro; pero como aquí no se permiten serrallos reunidos, ni que un hombre se case con muchas, astuto y buen cazador, me me pondría en acecho, y mirando con ojos de lince las mas bella, la mas jóven, la mas graciosa, á ella le diría: “palomita, si amas tu felicidad, si piensas en tu porvenir, acepta mi mano y mi fortuna.”

—Y nada mas?

—Nada mas, señor, por que este es el siglo del laconismo, en que hasta las palabras se economizan, pues no conviene hablar mucho....

—Entiendo, amigo que peinas; pero ay! son

tan traviesillas que temo demasiado.... Estas muchachas de hoy no son como las de antes.

—Lo mismo, señor, lo mismo.

—No, amigo: no, cada una de ellas es un pozo de ciencia.

—No lo creais!

En este momento fué despedido de una cerca vecina un limon, que dió en la frente del elegante Don Santiago, y, recogido por el peluquero, vió que en él venia un billete que decía. “No te desanimes que Amalia te ama.”

—Ved, ved, dijo el viejo al que le vendía los cabellos, una esperanza mas para mi empresa, una ilusion mas para mi mente, un nuevo suspiro para mi alma.

—Seguramente, dijo el peluquero,

El limon os dió en la frente,
Y el zumo en el corazon.

—Aligerad vuestras manos, maestro, y dejadme todo lo mas elegante, todo lo mas bello que podais, pues esta Amalia, de que habla el billete, es un pimpollito de quince años! ¡un fresco boton que acaba de nacer!

—Quedareis, señor mio, rejuvenecido completamente; tengo gran confianza en la habilidad de mis manos, sé que estareis irresistible.

En este momento otro limon con otro billete cayó á los piés del *viejo verde*, el cual leyó sorprendido este nuevo aviso:

“Pruebas, sacrificios, es lo que se recomienda á un caballero enamorado; ancho campo teneis donde demostrar vuestra pasion: cuidado con olvidaros de mis consejos.”

—¡Magnífico! dijo Don Santiago, esto promete, esto se compone, la fortuna anima mis pasos, ya no marcharé con tanta timidez. ¡Amalia, Amalia, tú serás mia!

—Ya estais servido, caballero, dijo el artista sacudiendo el lienzo que habia quitado del cuello de Don Santiago.

—Gracias, maestro, dijo este; y puso un doblon en sus manos....

—¡Que la mayor felicidad corone vuestra empresas! exclamó el agradecido peluquero, despidiéndose lleno de alegría.

Todo el resto del dia lo gastó el enamorado en hacer su *toilette* antes de presentarse á la linda Amalia, que habia elegido para blanco de sus tiros; ensayó varias declaraciones que ya tenia olvidadas de sus mejores tiempos, y dispuesto á la conquista, se lanza vestido con sumo primor aunque en notable contraste con sus años.

No he podido saber de que modo se valió el

señor Don Santiago para tener una conferencia con Amalia, ello fué que la tuvo, no sé si en pleno consejo, ó de contrabando. Cualquiera que en otros días hubiese visto el enjuto y serio rostro del viejo adónis conocería con una simple mirada que se había obrado en él una completa metamorfosis, pues una coqueta sonrisa rodaba perennemente por sus labios. Bueno será decir que mientras él forma planes hermosos sobre su futura suerte, en una de aquellas cercas de donde salían los limones, siete muchachas reunidas conversan con la mayor armonía, y hasta se conoce que traen un proyecto en manos, del que esperan magníficos resultados. Momentos hay en que desaparecen ocultas tras las cerca, y algunos que van y vienen desde la casa al punto de reunión; conozco que estareis, como yo, deseosas de saber qué hacían allí las vecinas del enamorado viejo, pero hasta aquí puede mi cariño complacerse, pues ignorante también de sus planes, solo puedo seguir el hilo de mi historia tal como la fui recogiendo.

Siete muchachas reunidas, nadie mejor que vosotras, mis queridas amigas, pueden saber que no sería pequeño el negocio que tenían cuando tan calladas operaban, pues á no ser un asunto *superior*, las risas de todas hubieran descubierto el secreto.

La noche de aquel día se vió dirigir á Don Santiago, algo pensativo, á la escalinata del jardín, y desde allí observar con el mayor cuidado el mas leve movimiento de los vecinos patios; sonreía unas veces lleno de satisfacción, y en otras se entristecía y desesperaba, llevando su enojo hasta el extremo de golpear en la frente y regañar á los criados sin motivo ninguno; por fin, una señal puesta en una de las cercas hizo sonreír á nuestro protagonista de una manera de que hacia muchos años se había olvidado. Ligero en todo cuanto es posible á esa edad, y en alas del amor, bajó aquella escalinata que le había servido de observatorio, y se dirigió al lugar de las señas; pero ¿quién había de decir que tras aquella cerca estaban los siete diablitos de por la mañana, todas, escepto una, escondidas sin duda para oír de qué modo enamoraba el bendito prójimo de la peinada peluca? No hay duda que las mugeres son curiosas en superlativo grado.

Llegó D. Santiago al puerto de sus esperanzas, y apenas se vió próximo á la linda Amalia, que era la que en el otro lado lo esperaba, le dijo lleno del mas fervido entusiasmo:

—Paloma de mis ojos, al fin logro verte, aunque casi oculta por esas piedras y yerbajos; pero ¡ay! me basta saber que estás ahí para considerarme el mas feliz de los mortales. ¿Qué dices, Amalita?

—Nada digo.... Si... apenas entiendo.... dijo la graciosa jóven conteniendo la mas imprudente de las risas.

—Digo, dijo D. Santiago con voz mas clara, que el día mas feliz de mi vida, mejor dicho la noche, es esta en que yo he alcanzado de tu sensible corazón escuches mis amorosos ruegos. ¡Ah linda niña! tú serás feliz, porque yo tendré un placer en satisfacer tus mas caprichosos antojos.—¿Qué dices? eh!

—Si no lo entiendo: apenas percibo el sonido de la voz.

—Ah cruel y empedernida cerca! yo te maldigo, y si tuviera las fuerzas de Sansón ó la potencia destructora de una ballena, me acercaría á tí para convertirme en arena.

—¿Qué dice? eh!

—Nada, palomita de mis ojos: que para que puedas oírme es necesario me permitas subir sobre esa maldita cerca que me roba una parte de mi felicidad.

—¡Já já já! Suba V.

Aquí fué ello: el viejo empezó á buscar puntos de apoyo para ir trepando la fastidiosa muralla; pero cuidadoso al mismo tiempo de no arrugar su pantalon ni manchar su casaca.

—Y si lo vieran á Vd. los perros? dijo Amalia cuando estaba D. Santiago á la mitad del camino.

—¡Ay! hijita de mi vida, no me profetices tan funesto resultado, que hace me falte el valor necesario para escalar este enmarañado parapeto.

Apenas había puesto D. Santiago sus pies sobre el caballete de la cerca cuando esta se derrumbó, arrastrando al enamorado viejo, que fué á caer al patio de su paloma.

—San Caralampio me ampare! exclamó al comprender su desgracia, y la mas ruidosa carcajada en coro fué la repuesta que obtuvo, corriendo Amalia con sus compañeras, por temor á sus padres segun ella decia, para la casa.

D. Santiago había caído en uno de esos hoyos que se hacen á los marranos cuando estan en estado de ceba. Consideren ustedes en qué estado estaría el trage y la faz de aquel hombre, que había perdido todas las horas del día en hacerse la *toilette*.

—Favor! favor! gritaba revolcándose en el fango, en cuyas entrañas había desaparecido su cuidada peluca.

A sus alarmantes gritos ladran los perros, se arman los vecinos, cierran las señoras las puertas, y todo el barrio se pone en movimiento. El padre de Amalia, seguido de algunos vecinos y criados, y sobre todo con un par de perros, se dirige al lugar de donde salían los gritos.

—Favor! soy yo! decia cada vez que oía

el ladrido de un perro, temeroso de que su desgracia fuera mas completa.

Cuando las luces iluminaron el tiznado rostro de Don Santiago estaba en la mas horrible figura, lleno completamente de lodo, sin peluca, y con medio cuerpo enterrado en aquel lodazal.

—Quién es? dijo el padre de Amalia.

—Yo, Don Cornelio, yo: Don Santiago, su vecino.

—¡Don Santiago! exclamaron todos.

—El propio, sacadme de aquí que me asfixio si me dejan un momento mas.

Don Cornelio y su criado alzaron el fardo del charco en que estaba, y lo condujeron á la casa, donde Amalia y sus amigos, llenas de miedo á los ladrones, tenían las puertas cerradas, que abrieron á las repetidas órdenes de D. Hilario; al fin pusieron á Don Santiago en una cama, y empezaron á prodigarle los auxilios que necesitaba su triste estado.

—Pero, camarada, ¿cómo ha sido eso? le decia Don Cornelio cada vez mas sorprendido.

—Por coger cocuyos, paisano, por cojer cocuyos, decia D. Santiago. Ví que brillaban tres ó cuatro sobre la cerca, y el diablo me tentó! Ay! ay! Señores, aquí, en esta pierna, que la tengo descompuesta.

Amalia y sus amigas estaban en la sala como si no hubieran rompido un plato, pero para que se vea adonde llega el deseo de figurar en aventuras que tienen algunos viejos, D. Santiago convierte en sustancia este lance, y se sonrie lleno de satisfaccion cuando, algo disfrazado, cuenta á sus amigos este lance, que yo titulo "por coger cocuyos," que es una leccioncita para los viejos empalagosos que se creen en aptitud de entrar en empresas para ellos insuperables.

Rafael Otero.

DEVANEO.

El lucero de la tarde
Del lago en la linfa oscila
Y en la su margen tranquila
Llego triste á suspirar.
Otro tiempo fué testigo,
Del juramento de Laura,
De mis dichas, cuando el aura
Meció mi primer cantar.

Alivio busco y consuelo
En la corriente de plata,
Y la imagen de la ingrata,
Miro en las ondas surgir.

De aquella vírgen querida
Que creára en mis ensueños,
La de los labios risueños
Y la del talle gentil.

Aun pienso ver en su frente
De mis venturas el astro,
Y en su seno de alabastro
El latido del amor,

Sus rizos bellos y suaves,
Su mirada candorosa,
Y la caricia amorosa
Dulce emblema del pudor.

Melancólicos recuerdos,
Que exaltan mi fantasía
Y en un lecho de agonía,
Van consumiendo mi ser.

Fantasmas que me persiguen
En la noche y la mañana.
Y en vano el alma se afana,
Por luchar con su poder.

Solitario voy al bosque,
A ocultar mi sufrimiento,
Mis ayes se lleva el viento
Y mis suspiros tambien:

La lira por compañera,
Unico amigo en mis males,
La que adornan tropicales
Flores que envidia el Eden.

Porque en sus córolas puras
Brilla la tierna inocencia,
Y es suave y dulce la esencia
Que á la brisa siempre dan.

Aun me alienta la esperanza
De hallar las horas serenas
Tras la angustias, las penas
Y el martirio y el afan.

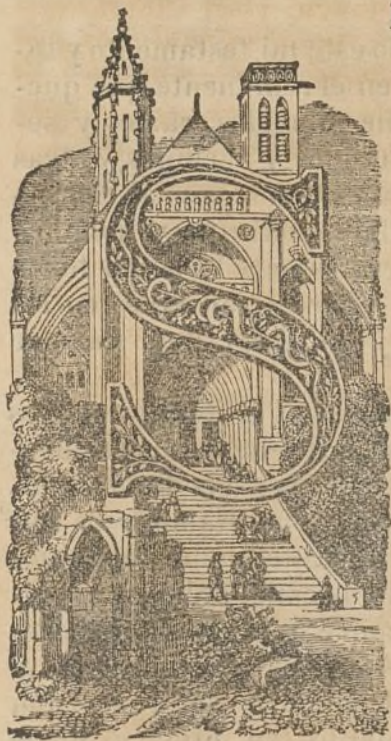
Quizá de amores suspire
Al contemplar la doncella,
Y ponga en su frente bella
De mi cariño la flor.

Y ella en pago déme entonces
Su mirada candorosa,
Y la caricia amorosa
Dulce emblema del pudor.

M. F. Trevejo.



DOCUMENTO CURIOSO.



tísimo documento que nos ocupa.

TESTAMENTO DE BARTOLOME MURILLO.

Sepan todos cuantos en esta carta de testamento vieren, como yo, Bartolomé Murillo, maestro del arte de pintura, vecino de esta ciudad de Sevilla, en la collacion de Santa Cruz, estando enfermo del cuerpo y sano de la voluntad, y en todo mi acuerdo, juicio y entendimiento natural, cumplida y buena memoria, tal cual Dios nuestro Señor ha sido servido de darme, y creyendo, como firme y verdaderamente creo, el divino misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas realmente distintas y un solo Dios verdadero, y en todo lo demás que tiene, cree y confiesa la Santa Madre Iglesia católica romana, como cristiano, deseando salvarme y queriendo estar prevenido para lo que Dios nuestro Señor fuere servido de disponer, y poniendo como pongo por mi intercesora á la siempre Virgen Maria Nuestra Señora, concebida sin mancha ni deuda de pecado original desde el primer instante de su ser, otorgo que hago y ordeno mi testamento en la forma y manera siguiente:

Primeramente: ofrezco y encomiendo mi ánima á Dios Nuestro Señor que la hizo, crió y redimió con el precio infinito de su sangre, á quien humildemente le suplico la perdona y lleve al descanso de su gloria; y cuando su Divina Magestad fuere servido de llevarme de esta presente vida, mando que mi cuerpo sea sepultado en la dicha mi parroquia, y el día de mi entierro, siendo hora, y si no otro si-

guiente, se diga por mi ánima la misa de requiem cantada que es costumbre, y la forma y disposicion de mi entierro remito al parecer de mis albaceas.

Item. Mando se digan por mi ánima cuatrocientas misas rezadas; la cuarta parte de ellas en la dicha mi parroquia por la que le pertenece, y ciento en el convento de Nuestra Señora de la Merced, Casa grande de esta ciudad, y las demás en los conventos y partes que pareciere á mis albaceas, y se pague la limosna que es costumbre.

Item. Mando á las mandas forzosas y acostumbradas y Casa Santa de Jerusalem, á cada parte ocho maravedises.

Item. Declaro que yo fui albacea de doña María de Murillo, mi prima, viuda de Francisco Terron, y paran en mi poder por bienes de la susodicha, dos candeleros de plata, dos cucharas y cuatro tenedores, y seis jicaras guarnecidas de plata, cuyos bienes sabe y conoce don Esteban Gaspar Murillo, mi hijo, clérigo de menores órdenes, cuyos bienes quiero y es mi voluntad mis albaceas los vendan, y su procedido se diga de misas por el ánima de la dicha doña María de Murillo, la mitad en el convento del Señor San Antonio, de la orden del seráfico padre San Francisco de esta ciudad, y la otra mitad en el dicho convento de Nuestra Señora de la Merced, Casa grande de esta ciudad.

Item. Declaro que en mi poder paran cincuenta ducados de vellon, por via de depósito, los mismos que dejó y legó la dicha doña María de Murillo, mi prima, para que tomase estado Manuela Romero, natural de la villa de Bollullos, cuya cantidad para en mi poder, para efecto de que la susodicha tome estado, y declárole así para que conste.

Item. Mando á Ana María de Saliedo, mujer de Gerónimo Brabo, que asistió en mi casa, cincuenta reales de vellon, los cuales se le entreguen luego que yo fallezca.

Item. Declaro que me debe Andrés de Campos, escribano de la villa de Pilas, dos mil reales de vellon, procedidos del arrendamiento de cuatro años de unos olivares, á precio de quinientos reales cada año, á cuya cuenta me ha dado diez arrobas de aceite á precio de diez y ocho reales cada una: mando se cobre lo demás que se me resta debiendo.

Item. Declaro que me deben del arrendamiento de unas casas que tengo en la Magdalena, la renta de seis meses á razon de ocho ducados cada uno de renta del año pasado, cuya escritura pasó ante Pedro de Galvez escribano público, de que fué fiador de á quien

arrendé las dichas casas, de que no me acuerdo de su nombre, Antonio Novela, vecino de esta ciudad: mando se cobren.

Item. Declaro que yo estoy haciendo un lienzo grande para el convento de los capuchinos de Cádiz, y otros cuatros lienzos pequeños, y todos estos los tengo ajustados en novecientos pesos, y á cuentas de ellos he recibido trescientos y cincuenta pesos: declárolo para que conste.

Item. Declaro que debo á Nicolás Omasur cien pesos de á ocho reales de plata cada uno, que me dió y entregó el año pasado de seiscientos y ochenta y uno; y yo le he dado y entregado dos lienzos pequeños que valen á treinta pesos cada uno, que montan á sesenta, con que rebajada esta cantidad, quedo deudor al susodicho de cuarenta pesos: mando se le paguen.

Item. Declaro que Diego del Campo me mandó hacer un lienzo de la devocion de Santa Catalina mártir, y se concertó en treinta y dos pesos, los cuales el susodicho me ha dado y pagado, por lo cual mis albaceas den y entreguen al susodicho el lienzo acabado y perfeccionado.

Item. Declaro que un tejedor, de cuyo nombre no me acuerdo, que vive en la Alameda, me mandó hacer un lienzo de medio cuerpo de Nuestra Señora, que está en bosquejo, que todavía no está concertado, y me ha dado nueve varas de raso: mando que por defecto de no entregarle el dicho lienzo se le pague el monto de las dichas nueve varas de raso.

Item. Declaro que habrá treinta y cuatro á treinta y seis años que casé con doña Beatriz de Cabrera Sotomayor, mi mujer difunta, y la susodicha trajo á mi poder la cantidad que parecerá por la escritura de dote que pasó en en uno de los oficios públicos que entonces estaban en la plaza de San Francisco, y yo no traje al dicho matrimonio bienes ni hacienda ningunos: declárolo así para que conste.

Item. Declaro que doña Francisca Murillo, mi hija, monja profesada en el convento de monjas de Madre de Dios de esta ciudad, la cual al tiempo de su profesion renunció en mis sus legítimas, como de la escritura de renunciacion consta que pasó ante el dicho Pedro Galvez, habrá siete ú ocho años poco mas ó menos: declárolo para que conste.

Item. Para cumplir y pagar este mi testamento y lo en él contenido, dejo y nombro por mis albaceas testamentarios al señor don Justino de Neve y Chaves, prebendado de la Santa Iglesia, y á don Pedro de Villavicencio, caballero del orden del Señor San Juan; y al dicho don Gaspar Estéban Murillo, mi hijo, á los cuales, y á cada uno in sólido, doy todo mi poder cumplido y facultad bastante para recibir y cobrar todos mis bienes y hacienda, y

venderlos y rematarlos en almoneda pública ó fuera de ella, y de su procedido cumplir y ejecutar este mi testamento, usando del dicho cargo aunque sea pasado el término del derecho mucho mas.

Y pagado y cumplido este mi testamento y todo lo en él contenido, en el remanente que quedare de todos mis bienes muebles, raices y semovientes, deudas, derechos y acciones y otras cosas que me toquen y pertenezcan al tiempo de mi fallecimiento, dejo, instituyo y nombro por mis únicos universales herederos en todos ellos á don Gabriel Murillo, ausente en los reinos de las Indias y al dicho don Gaspar Estéban Murillo.

Diligencia. En la ciudad de Sevilla en tres dias del mes de Abril de mil seiscientos y ochenta y dos años, serian como las seis de la tarde, con poca diferencia: que se me llamó para hacer el testamento de Bartolomé Murillo, maestro pintor, vecino de esta ciudad, y estándolo haciendo hasta poner la cláusula de herederos, que es el que está escrito antecedente, y preguntándole por el nombre del dicho don Gaspar Estéban Murillo, su hijo, y dicho y pronunciado el dicho su nombre, con el otro primero su hijo, reconocí se moría por causa de haberle preguntado en orden á si habia hecho otros testamentos para que quedasen revocados, como se hace en los testamentos, y no me respondió á ello, con que á breve rato espiró.

Y para que conste lo pongo por diligencia, estando presente al testamento don Bartolomé García Bracho de Barreda, presbítero, vecino de esta ciudad en la collacion de San Lorenzo, y don Juan Caballero, cura de la Iglesia de Santa Cruz, Gerónimo Treviño maestro pintor, vecino de esta ciudad en la collacion de San Estéban, y Pedro Velloso, vecino y escribano de Sevilla, que lo firmaron.—Dr. Don Juan Caballero.—Don Bartolomé García Bracho de Barreda.—Gerónimo Caballero Treviño.—Pedro Velloso, escribano de Sevilla.—Juan Antonio Guerrero, escribano público de Sevilla.

En la ciudad de Sevilla, en tres dias del mes de Abril de mil seiscientos y ochenta dos años para ante el señor licenciado don Rodrigo de Miranda y Quiñones, teniente de asistentes de esta ciudad, y ante mí Juan Antonio Guerrero, escribano público de ella, lo presentó el contenido.—Juan Antonio Guerrero, escribano público de Sevilla.

(Sigue la peticion, testigos y autos, y concluye con el inventario en que se encuentra lo siguiente.)

Primeramente: Un escritorio de Salamanca con su pié grande como escaparate.

Item. Un bufete de dos varas menos cuarta de largo, de caoba, con su herraje.

Item. Otro bufete de caoba de vara y media de largo, con su herraje.

Item. Tres lienzos de dos varas, poco ménos, de largo, con sus molduras doradas: uno de arquitectura, y otros de historias de la Sagrada Escritura, y todos tres son copias.

Item. Un cuadro de tres cuartas de largo,

con su moldura dorada, copia de la cabeza de San Juan Bautista, y dos fruteros de á media varas de largo, sin molduras.

Y por ahora se suspendió dicho inventario para seguirlo cómo y cuándo les convenga, y lo firmaron de sus nombres este registro á los cuales yo el presente escribano público doy fé, etc.

LAS TRES AZUCENAS.

Bien haya quien blancas flores
Pone en su temprana sien:
Oh niña, dichosa quien
Sueña con castos amores.

Estraviado peregrino
Iba buscando una flor,
Y me encontré con tu amor
En la mitad del camino.

Brillaba el sol refulgente
Cuando ufana sonreía,
Con tu infantil alegría
De un corazon inocente.

Sentéme á orillas del mar,
Y oh! la flor de mi cariño
Dejé como incauto niño
Hasta las aguas rodar.

Perdí con la bella infancia
El rio de la inocencia,
Que aun llena la adolescencia
De deliciosa fragancia.

Y amor turbando mi calma
Salí del hogar paterno,
Y lo busqué puro y tierno
Cual lo soñaba mi alma.

Mas vi que la sociedad
Marchitaba el corazon,
Y vi tras la educacion
Las huellas de la maldad.

Por eso fijos mis ojos
En tu frente de violeta,
Buscó mi amor de poeta
Sus delirantes antojos.

Por eso en noche de luna
Te hablé de pintados sueños,
En los peñones risueños
De silenciosa laguna.

Porque alcancé que en tu mente
Buen pensamiento dormia,
Nada para el alma fria,
Mucho para el alma ardiente.

Y así como errante ser
Envuelto en divino aroma,
Vi un corazon de paloma
En un alma de muger.

Tierna, sensible, inocente,
Rendido á tanto delirio,
Bien como al céfiro el lirio,
Doblóse á mi amor tu frente.

Y yo, curando del alma
Todas las hondas heridas,

A tus palabras sentidas
Fuí recobrando la calma.

Entonces, porque recuerde
Y espere un tiempo sin penas,
Me diste tres azucenas
Atadas á un lazo verde.

Ya sepultado en olvido
El espantoso huracan,
Fuistes á mi dulce afan
Angel del amor perdido.

Y yo soñé con los sueños
De mi divina alborada,
Esa pasion coronada
De pensamientos risueños.

Esa emocion infantil
Que se exhala sin dolor,
Como se exhala el olor
De un fresco boton de Abril.

En tanto sobre tu falda
Las azucenas cayeron,
Tres blancos delirios fueron
De tu divina guirnalda.

Que huyendo el tacto del hombre,
Unidos á un verde lazo,
Volvian á su regazo
Con esperanza y sin nombre.

Pero apiadada á mi ruego,
Entre encantos seductores,
Me devolviste las flores
Bañadas en dulce riego.

Oh! no, por tu amor, bien mio.
Nubes noches tan serenas....
Lluvia que riega azucenas
Es muy divino rocío.

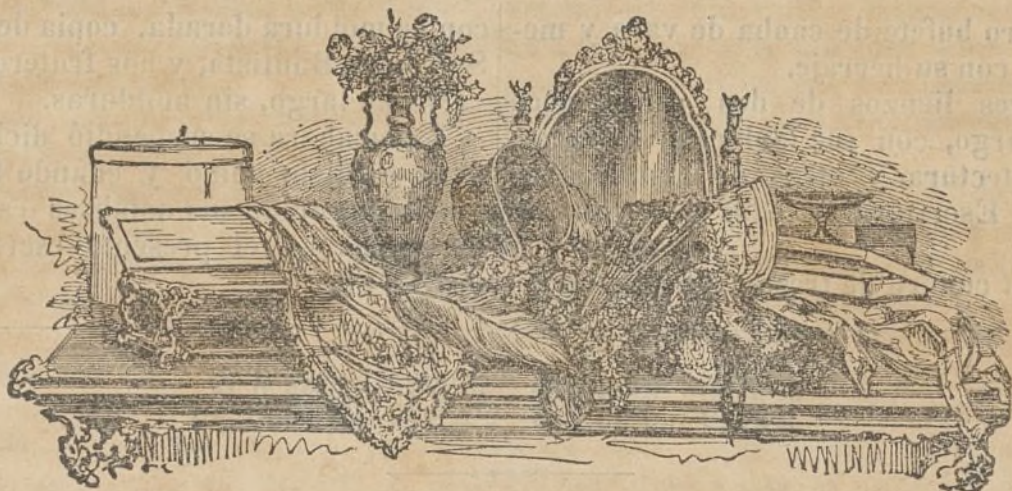
El llanto un bello matiz
Da á tus sienes de azahar,
Mas tú no debes llorar
Sino amar y ser feliz:

Tú que con humildes ojos
Ves la alondra solitaria,
Tú que no vives, voltaria,
De mugeriles antojos.

Que te gusta el aislamiento,
Que buscas noches de luna,
Y vas atando una á una
Las flores del pensamiento:

Deja que tu amor recuerde
Y espere un tiempo sus penas
Con estas "tres azucenas"
Unidas á un lazo verde.

J. G. Roldán.



RAMILLETE.

Lo primero de que debe hoy ocuparse vuestro amigo en el *Ramillete* del *Almendares*, mis queridísimas lectoras, es de la hermosa lámina que en esta entrega os ofrece vuestro periódico, la cual representa lo que hoy es objeto de todas las conversaciones de la Habana, es decir, el famoso experimento de las mesas giratorias, los sombreros giratorios y las porcelanas giratorias, todo por medio del fluido magnético, por la cadena magnética que se forma de la manera que veis en la lámina litografiada de vuestro *Almendares* hoy. Así se ponen señoras y caballeros en derredor de una mesa, de un sombrero ó de una porcelana; ahí los teneis, á ellas sencilla y elegantemente prendidas, luciendo todas sus bonitos collares-*Eugenia*; ahí los teneis á ellos atentos al famoso experimento; ahí los teneis á todos ocupados en extremo, como tratándose de una cosa muy principal.

En el teatro lo que mas ha llamado la atención últimamente ha sido la gran función de música, verificada en la noche del miércoles 20, la representación de la ópera *Norma* por la estudiosa sección de música del Liceo, destinándose su producto á beneficio de los desgraciados de las provincias gallegas. El éxito no pudo ser mas satisfactorio, pues la cantaron perfectamente bien la hermosa señorita Doña Ana de Armas, la preciosa señorita doña Francisca Samá y los aplaudidos señores D. Francisco Tellez y D. Andrés Pastorino, el primero desempeñando la parte de *Pollion* y el segundo la de *Oroveso*, en tanto que la señorita de Armas interpretaba admirablemente la de *Norma*, y la señorita de Samá, la de *Adalghisa*.—Los aplausos, las flores, los bravos y las coronas no escasearon en aquella hermosa noche, y todos salieron del teatro en extremo satisfechos.

En cuanto á zarzuelas, la que ahora está haciendo furor es la titulada *El valle de Andorra*, tanto ó

mas aplaudida que *Jugar con fuego*. Es á la vez graciosa y sentimental, y toda la música de ella en extremo linda y fresca. Es muy aplaudida, y todos confiesan que hay motivo para ello.

De bandos galleros solo puedo deciros que en este año no los habrá en ninguna parte, segun tengo entendido, pues ya estamos en agosto y aun no hay elegidas reinitas ni en Guanabacoa, ni en Marianao, ni en las Puertes, ni en el Cerro. No habrá, pues, bandos, y la que mas sufre con esto es mamita Guanabacoa, á quien la falta hoy mucha de su animacion de otros años.

Ya sé que muchas de vosotras, mis queridísimas amigas, os acabais de casar, que otras lo hareis desde octubre á enero, de modo que todas mereceis que se os felicite por ello, como yo hago, deseandoos toda clase de venturas, puesto que tanto lo mereceis. El casamiento es el gran paso en la vida de la muger, como lo es en la del hombre, aunque en ambos sea por diferente estilo; el matrimonio es el estado verdaderamente perfecto; los hombres de mas claro talento acaban por reconocerlo así, entran en él sonriendo y le bendicen mientras dura su existencia. El matrimonio es la bienaventuranza sobre la tierra. ¡Dichosos los que ya han entrado en él, ó los que están próximos á entrar!

Para el invierno, que ya está tan cercano, se preparan grandes diversiones, á lo que tengo entendido, así en los teatros como en los salones, lo cual alegrará á esta buena Habana, que tan poco desea entristecerse nunca. De compañía de ópera nada se dice con certeza, pero, en cambio, la compañía de zarzuelas del gran teatro será magnífica, y con esto, los bailes, los toros, y otras diversiones, se pasará grandemente el invierno entre nosotros, con cuya esperanza se despide de vosotras, os saluda, os dice *adiós* vuestro amigo constantísimo que os ama con todo su corazon.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DE LA ENTREGA DECIMA.

Señor Director del *Almendares*.

Antigua suscritora de ese periódico que tan acertadamente dirige, y verdadera apasionada de los geroglíficos, he creído comprender que el de la entrega décima es

“Quién mas mira menos vé.”

B. S. M.

GENOVEVA.

GEROGLIFICO.



El almendares.



ESCENA FINAL DE LA ZARZUELA EN TRES ACTOS
EL VALLE DE ANDORRA.

Lito. de T.V. Cuesta Calle de O'Reilly N 8. Habana